

en sus sepulcros. Hállanse en gran número en las cercanías del lago Rotorua, cuyas aguas termales atraen mucha gente. Estos sepulcros, erigidos para los jefes á quienes las termas no curaron, ostentan figuras de madera de unos 4 pies de altura, envueltas en paños, y cuya particularidad mas notable es la fiel imitación de los grotescos dibujos del rostro del diunto. Los maoríes pueden reconocer así al que yace en el sepulcro. Ciertas líneas denotan la tribu, otras la familia y otras en fin el individuo. La exacta representación de tales líneas equivale para un maorí á un retrato y no tiene necesidad de inscripción nin-

guna para saber el nombre del jefe que yace en el mausoleo.

El clima de los alrededores del lago de Taupo no es tan benigno como el de las costas: el invierno particularmente es riguroso; los vientos fuertes que aquí soplan provienen casi siempre de las altas montañas vecinas. De ello tuvimos pruebas bastante sensibles; la temperatura que en la primera mitad de abril habia sido extraordinariamente dulce y agradable, cambió completamente, durante nuestra permanencia en Pukawa: un crudo otoño siguió al fin del estío que habia sido muy templado. El 15 de abril, cor-



Wharepuni ó pórtico de escultura en una casa maorí.

respondiente al 15 de noviembre de nuestro hemisferio, se desencadenó súbitamente una tempestad del Noroeste á la sazón en que hacíamos una travesía cerca de Te Rapa y nos vimos en peligro de perecer: tales embates sufrió nuestra canoa. Los días siguientes llovió con gran violencia y granizó. La nieve cubrió las montañas; el lago parecía un mar furioso; las olas blanqueando de espuma rodaban hácia la orilla donde se estrellaban bramando como en las playas del mar; los vientos se arremolinaban en la superficie del lago formando trombas de grande altura. Aquel á quien la tempestad sorprende entonces en una ligera canoa está perdido irremisiblemente. El lago es mucho mas peligroso para las embarcaciones de los temerarios indígenas, que el mar mismo, porque el agua dulce como mas ligera es mas fuertemente agitada que la pesada de la mar, y forma

mu y pronto amontonadas olas. Además la orilla presenta pocos puntos de desembarco, y por eso los indígenas no emprenden largas travesías sino cuando tienen certeza de bonanza duradera. Con eso y todo acontecen con frecuencia desgracias y cada ribereño del pérfido lago puede referir casos de peligro en que no sin mucho trabajo escapara de caer en manos del *mal espíritu*, siempre hambriento de víctimas (Horomatangi) que segun la tradicion vaga en estos lugares y produce la tempestad.

Horomatangi debe ser un viejo á quien los indígenas pretenden haber visto con rasgos de fuego. Habita en el lago en una caverna de la isla Motutaiko: desde allí espía las canoas, y cuando descubre alguna, se lanza de repente al agua, la agita violentamente y suele tirar tambien gruesas piedras que echan á pique las canoas. Devora además cuanto hay á su al-



El Te-Ti-Raha.

cance y ejerce su pérfido influjo, no solo durante el mal tiempo, sino también en los días más apacibles.

En la costa oriental del lago surgen manantiales calientes que los indígenas designan con el nombre de *Puías*, *Ngawhas* y *Waiarikies*, á donde fui yo por la orilla izquierda del Waikato. Ya en las alturas del Tehapua descubrimos una encantadora vista sobre el valle del río que aparecía muy por debajo de nosotros y de cuyo fondo se elevaban grandes nubes de vapor, indicios de las fuentes termales ó *Puías del Orakeikorako*.

Al medio día llegamos al *pah*, situado en una altura de cerca de 200 pies sobre el Waikato. Como estaban para romperse las hostilidades entre los del lago Taupo y algunas tribus setentrionales, lo habían fortificado recientemente. Los terraplenes de la pendiente de la montaña en frente del Waikato acababan de ser restablecidos, pero en vez de empalizadas de fuertes maderas, semejantes á las de los antiguos tiempos, habían puesto solamente un mezuquino cerco de ramaje que, si bien corría en series dobles y aun triples, podía fácilmente derribarse con solo el auxilio de las manos. Era, pues, una ridícula trinchera; y sin embargo, los maoríes se fortificaban así en todo el país. Yo hice levantar mi tienda en medio del *pah*, pero una fuerte lluvia inundó el suelo y tuve que buscar asilo en la barraca del jefe Hori. Esta fue la primera tempestad violenta que sufríamos desde nuestra salida de Auckland, y hube de resignarme á esperar la mañana para visitar los *puías* que hierven y humean en las inmediaciones del *pah*.

24 abril. El tiempo se calmó durante la noche: por la mañana una espesa niebla cubría el Waikato, pero se disipó muy pronto; el sol iluminó alegremente el valle y entonces, ¡qué espectáculo! El Waikato en su rápida corriente se precipitaba al través de un estrecho valle, profundamente hundido entre escarpadas alturas. Sus aguas rodaban espumosas alrededor de dos islotes peñascosos que surgían en medio de su albeo, y penetraban rugiendo en el alegre valle: en sus orillas flotaban blancas nubes vaporosas que se exhalaban de las aguas termales que venían á confluir á su gran curso. Aquí sube como una fuente de vapor que vuelve á caer en lluvia; allá salta otra á bocanadas interrumpidas; otras dos brotan al mismo tiempo; y así el juego de aguas varía y se renueva como si fuera obra del arte. Aunque todas las fuentes brotaran al mismo tiempo, siempre quedaria bastante agua para las cascadas. Yo tuve el gusto de contar todos los sitios de donde saltaba agua hirviendo ó nubes de vapor procedentes de la misma causa, y hallé setenta y seis; pero desde un solo punto no podía abarcar todo el conjunto, y además hay muchos veneros intermitentes análogos al Geysir de la Islanda.

El dibujo no puede dar una idea completa de la grandeza y originalidad de aquel espectáculo y su descripción sería aun más insuficiente.

La zona de las fuentes se extiende á lo largo del Waikato cerca de 1 milla inglesa, desde el cono de Whakapapatinga al Sur hasta la montaña de Tutukau al Norte. La mayor parte de estas fuentes se halla en la orilla derecha, pero son poco accesibles, porque no se puede atravesar la rápida corriente cerca de los mismos manantiales: sería menester intentarlo hácia arriba ó hácia abajo, y para esto trepar por laderas escarpadas, cubiertas de espesos matorrales, con peligro de resbalar á cada paso en un piso completamente empapado, y caer en el ardiente légame. Debí, pues, limitarme á un examen más minucioso de los manantiales de la orilla izquierda por bajo del caserío.

Una gran plataforma de 120 pasos de anchura y de igual longitud, compuesta de toba silíceá blanquecina y que se extiende desde el pie de la montaña Tutukau hasta el Waikato, abraza algunos de los manantiales más notables de la zona, especialmente el de Homaitarangi. Este manantial está situado muy cerca de la orilla sobre un montecillo en forma de campana. Grandes precauciones son necesarias cuando por la primera vez y sin un guía experimentado, se acerca uno á estas *puías*. Mis compañeros de viaje, Haast y Hay, quisieron muy temprano disfrutar el placer de un baño en el Waikato, y ya habían dejado la ropa cerca de un remanso de agua termal, cuando de repente oyeron resonar fuertes detonaciones allí mismo y vieron que el agua se elevaba hirviendo á borbotones. Apenas tuvieron tiempo para evitar una aspersión de agua hirviendo, porque una columna líquida, mezclada de vapor, se elevó bramando á una altura de 20 pies. Asustados aun por la aventura, vinieron aceleradamente á contármela; pero cuando yo llegué al mismo paraje, el chistoso *geyser* había vuelto ya á quedar en reposo, y solo ví en el cóncavo agua límpida como el cristal y muy débilmente agitada. Su temperatura era entonces de 94° centígrados y tenía un ligero sabor á caldo. El primer salto de que fui testigo no tuvo lugar hasta el medio día. Un poco antes el depósito estaba lleno hasta los bordes: de repente una masa de agua y de vapor se elevó á una altura de 20 á 30 pies bajo un círculo de 70°. Esto no duró más que algunos minutos; después la fuerza de proyección disminuyó, el agua descendió á 1 ó 2 pies y muy luego el salto desapareció en medio de un ruido sordo. Cuando volví á este venero, el cóncavo estaba seco y mi mirada pudo profundizar hasta unos 8 pies por una abertura de embudo que dejaba escapar vapores con cierto ruido. Luego el agua volvió á subir y después de diez minutos el embudo estaba otra vez

lleno: las erupciones tienen lugar al parecer de dos en dos horas. El fondo de esta *puía*, como el de todas las fuentes inmediatas, es de toba silíceá. El depósito de las aguas, cuando está reciente, es de un color blanco y gelatinoso: en seguida toma consistencia y acaba por formar una roca sólida de estructura y color vario: ya es una masa granulenta y gris claro, ya una calcedonia dura como el acero, ó bien un sílice gris.

Una segunda *puía*, distante unos 30 pasos lleva el nombre de Orakeikorako. Es una conca oval de 8 pies de largo y 6 de ancho que estaba medio llena de agua límpida y ligeramente hervorosa.

Pero la fuente más notable de todas es la que se halla al pie de la colina: es un chorro hirviendo de 2 ó 3 pies de alto de agua también límpida y bastante impregnada de olor sulfúreo. El jefe que me acompañaba en mi excursión me refirió que después del terremoto de Wellington en 1848, este manantial se transformó durante dos años en un *geyser* que saltaba á 100 pies de altura (cifra un poco exagerada sin duda) y que rechazaba con pasmoso empuje las piedras que se echaban. Tres recipientes más pequeños, que antes eran sin duda veneros independientes, están actualmente llenos por la corriente del gran salto y forman excelentes piscinas naturales. El agua pasa de uno á otro recipiente: de modo que puede elegirse entre tres temperaturas. El último de 3 á 5 pies de profundidad, tiene las dimensiones de un gran bañadero. Su fondo está compuesto de toba silíceá, blanca como la nieve que imita la pureza del mármol; y la limpidez del agua convidaba á bañarse, en términos que no pude resistir la tentación.

Atribúyense á estas termas grandes virtudes medicinales. Un irlandés, á quien encontramos en Orakeikorako, nos dijo que él se había curado completamente con estas aguas estando paralítico de un pie.

A una y otra margen del río, los matorrales cubren grandes masas de ardiente légame, á que no se debe uno acercar sino con suma precaución, porque el suelo reblandecido y sin ninguna mezcla de toba, cede á la más leve presión. El más grande de estos depósitos limosos tiene una forma elíptica de 14 pies de longitud, 8 de latitud y otro tanto de profundidad. En él hervía un limo de óxido de hierro de un color rojo vivo, y de vez en cuando estallaban bolas viscosas exhalando un fétido olor de azufre: verdaderamente era un espectáculo infernal. ¡Desdichado de aquel á quien se le vaya un pie! La idea solo me estremece; y sin embargo, estos terribles accidentes ocurren con frecuencia á los niños y aun á los jóvenes.

En la orilla opuesta se halla la *puía* de Tuhi-Tarata. El agua de hermoso azul que sale de un depósito, forma una cascada que envuelta entre vapores, rueda

sobre gradas de toba hasta el río, reflejando los más bellos y variados colores, blanco, rojo, amarillo... El mismo espectáculo se reproduce en diferentes puntos, acompañado de chorros periódicos á intervalos más ó menos largos.

Pero es imposible verlo todo, y más aun todo describirlo: habría aquí materia de observaciones para más de un año.

En seguida me dirigí hácia el Rorotua, lago volcánico que alimentan dos fuentes termales, y que una antigua leyenda recomienda al respeto de todos los buenos maoríes. La mayor parte de las grandes familias del Norte de la isla hacen subir su origen á Hine-Moa, la *virgen del Rorotua*. Me falta espacio para referir aquí la historia de esta beldad salvaje; pero puedo remitir á mis lectores, curiosos de saberla, á la *Polinesiana Mythology* de sir Jorge Grey, gobernador de la Nueva-Zelanda. En las inmediaciones de este lago, una conca que mide apenas 1,300 metros de longitud, es célebre por otros títulos: es un verdadero cráter de explosión, profundo en su centro rodeado de charcos al Norte y al Sur, ceñido de rocas al Este y al Oeste. Se le da con razón el nombre de *lago termal*: la cantidad de agua hirviendo que corre de las termas circunvecinas es tan considerable que el recipiente abrasa todavía.

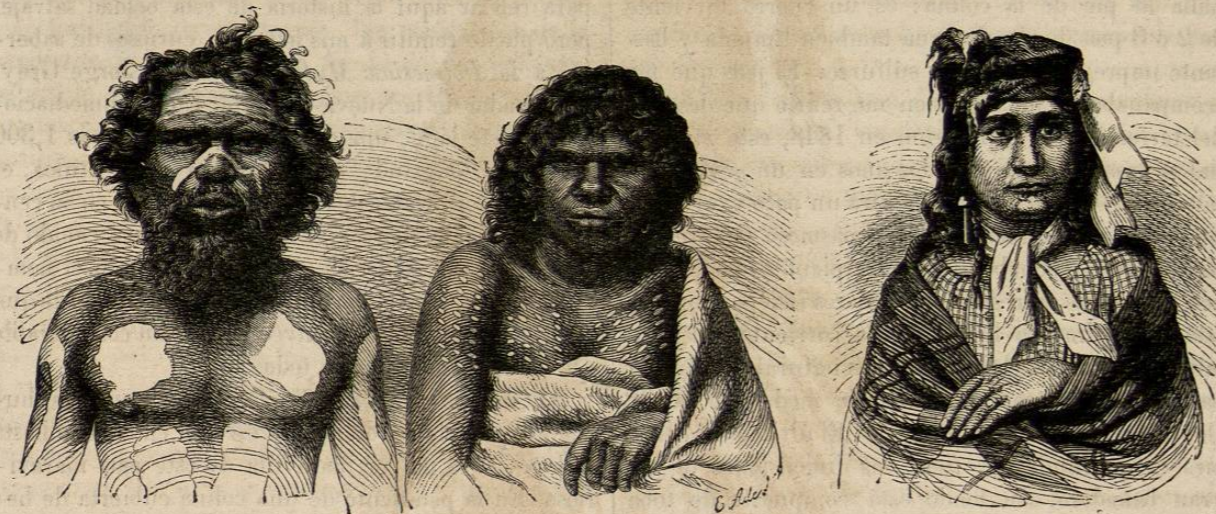
Al Noreste se halla el Te-Ta-Rata, manantial hirviendo que, descendiendo de escalon en escalon hasta el lago, es la mayor maravilla de este país maravilloso. En la pendiente de una colina cubierta de helechos á unos 80 pies sobre el Rotomahana, se encuentra el recipiente principal, cuyas paredes de arcilla roja tienen de 30 á 40 pies de altura. Su longitud es de 80 pies, y su anchura de 60, formando una profunda conca completamente llena de agua clara y límpida, que debe á la blancura nívea de las estalactitas de los bordes su aparente color azul turquí con vagos visos de ópalo. En la orilla de este lago medió una temperatura de 84° centígrados; en medio donde el agua se eleva á una altura de muchos pies, tiene el calor del agua hirviendo. Nubes inmensas de vapor que reflejan el bello color del lago, divagan por encima y cortan la visual; pero puede oírse siempre el ruido sordo del hervor del agua. El indígena que nos servía de guía, nos aseguró que á veces toda la masa de las aguas salta repentinamente con una fuerza espantosa y que entonces se puede descubrir á 30 ó 40 pies de profundidad, vacío el recipiente que vuelve muy pronto á llenarse. Si el hecho es cierto, la fuente del Te-Ta-Rata es sin duda un *geyser* de largas intermitencias como las del gran Geysir de Islanda; pero siendo aquí mayor la conca, la masa proyectada debe ser más considerable. El agua tiene un ligero sabor salado, pero de ningún modo desagradable. Como en las termas irlandesas, el sedimen-

to es una formación de estalactita silicea. Corriendo desde su depósito esta agua termal ha formado un sistema de terraplenes ó escaleras blancas y como labradas en mármol de Paros, que ofrece un golpe de vista de que ninguna descripción ni imagen pueden dar idea. Es menester haber subido esta escalinata de alabastro y haber examinado las particularidades de su estructura para conocer bien esta maravilla.

El pie de la colina avanza mucho en el Rotomahana; desde arriba comienzan las terrazas que contienen depósitos, cuya profundidad corresponde á la altura de las gradas de esta gigantesca escalera: muchas tienen 2 ó 3 pies, algunas 4 ó 6. Cada una de ellas

remata en un pequeño reborde un tanto elevado, de donde penden sobre la grada inferior delicadas estalactitas y una plataforma mas ó menos grande que comprende uno ó mas depósitos de un azul admirable. Son otros tantos baños naturales que el arte mas refinado no habria podido formar ni mas elegantes ni mas cómodos. Entre ellos puede elegirse temperatura y dimensiones, pues el calor del agua disminuye en proporcion que se aleja de su origen. Algunas de estas piscinas son bastante grandes para poder nadar cómodamente.

La grada mas alta comprende muchas cuencas de 5 á 6 pies de profundidad, cuya agua tiene una tem-



Comparacion de tipos australes con otro de mujer maori.

peratura de 40 á 50° centígrados. En medio de esta plataforma se eleva junto al remanso principal una roca de unos 12 pies de altura cubierta de manuka, manrubios y musgo, á donde se puede trepar sin riesgo y dominar el depósito principal envuelto en vaporosas nubes. Tal es la famosa terma del Te-Ta-Rata. El color blanco puro de sus estalactitas que hace resaltar el azul profundo del agua, el verde espléndido de la vegetación inmediata, el vivo rojo de las desnudas paredes del cráter acuático, y finalmente, las nubes de vapor que vagan y se disipan, y se renuevan sin cesar, todo contribuye á formar un cuadro singular, único en su género.

El coleccionador tiene aquí una preciosa ocasión de llenar canastas enteras de bellas muestras de *estalactitas*, de ramas, de hojas y otros objetos incrustados, en muy poco tiempo, como todo lo que se encuentra en las gradas de la cascada. Sin duda habria aquí un vasto campo de explotación para un establecimiento de plástica como los que se han fundado en Carlsbad, Vichy y otras partes.

Las magnificencias del Te-Ta-Rata tienen por ri-

uales en la orilla opuesta del lago, las de una fuente no menos notable por su temperatura y por sus cualidades incrustantes. Los indígenas la llaman gráficamente Otaka-Puarangi (*atmósfera nebulosa*). Sus blancos depósitos silíceos descienden también desde su orificio hasta el lago, y se suben por una escalera de mármol de gradas tan regulares y de rampas guardadas de grupos tan graciosos de arbustos siempre verdes, que puede decirse que la naturaleza ha querido desafiar y vencer al arte.

Tal vez las plataformas sobrepuestas del Otaka-Puarangi no sean tan grandiosas como las del Te-Ta-Rata; pero son mas graciosas y finas, y una ligera tinta rosada desleída en todo el depósito calcáreo, comunica al conjunto una especial belleza. La cuenca del venero, de 40 á 50 pies de latitud, comprende una masa de agua durmiente de un hermoso color azul, que se evapora sin hervir. En la base setentrional de la gradería humea una solfatara, el Whakataratana, verdadero estanque de azufre, cuyas aguas corren al lago por un conducto cenagoso.

VIII.

Invitación de un jefe cristianizado.—Visita al *r y de la paz*.—Ojeada sobre el pasado y presente de la raza maori.

Al Sud-oeste del Rotorua hay un viejo *pah* maorí, célebre por las termas de sus inmediaciones. Aun distábamos de él 3 millas, pero el humo de la hoguera que mi gente habia encendido en una altura, anunció, según costumbre del país, nuestra llegada á los

habitantes del *pah*, quienes me invitaron por escrito á visitarlos.

Hé aquí la carta que me dirigió el jefe Pini-te-Kore-Kore:

«A Hochstetter.

»Amigo, salud. He recibido aviso del gobernador que me dice que eres un huésped distinguido, y me comprometo á recibirte amistosamente. Ven, pues,



Jefe maori.

amigo, ven derecho á este paraje. No tengo que decir mas.

»Tu amigo, que te saluda de corazón,

PINI-TE-KORE-KORE.

»A Hochstetter, jefe del otro lado del agua, visitador del cielo.»

Pini-te-Kore-Kore, el bravo jefe de Ohimuta, acompañado de sus vasallos, salió solemnemente á recibirme. Vestido á la europea, venia envuelto en una capa y cubierto con un sombrero de paja, trayendo en la mano una bandera blanca con esta inscripción «*Sancta Maria, ora pro nobis.*» A unos veinte pasos de nosotros, se detuvo, se inclinó profundamente, y luego quitándose el sombrero, nos gritó con fuerte voz: *haeremai!* (ven) que es el saludo de costumbre. Fui, pues, y le estreché la mano, cambié algunas palabras de política, y partimos juntos al

pah. Ya estaba allí armada una tienda para mí y dispuesta la comida, porque tal es el uso entre los maoríes. Cuando alguno vá de visita á una casa europea, es preguntado si tiene gana de comer, y solo entonces se le prepara la comida. No sucede así entre los maoríes; cuando amigos ó extranjeros llegan de lejos, las mujeres del pueblo comienzan al instante á pelar patatas, y cuando concluyen la ceremonia de recepción, la comida está servida.

Cuando nuestro conocimiento fue mas íntimo, Pini-te-Kore-Kore se mostró sobre manera expansivo. Habia oido hablar de la brillante recepción hecha al obispo católico Pompallier á bordo de la *Novara* en Auckland, y deseaba eficazmente que yo pudiera decir á mis amigos que él habia salido á recibirme con la bandera católica. Educado en la escuela de la misión, fundada y dirigida por Mr. Pompallier, conservaba en sus maneras muchos rasgos de sus maestros.